

Dr. Antonio de Blás y Ladrón de Guevara

ARMONÍA ENTRE LA CIENCIA Y LA FE

Conferencia dada en el Salón
de Actos de la Academia de
San Ignacio de Loyola de Al-
mería el día 5 de Noviembre
de 1922.

**PUBLICADO EN LA
REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS ALMERIENSES**



ARMONÍA ENTRE LA CIENCIA Y LA FE

CONFERENCIA APOLOGÉTICA dada en la Academia de San Ignacio de
Loyola, el día 5 de Noviembre de 1922, por el

M. I. Sr. Dr. D. Antonio de Blás y Ladrón de Guevara

Canónigo Doctoral de la S. I. C. de Almería y Fiscal General
Eclesiástico del Obispado.

**Señoras,
Señores:**

De atrevimiento rayano en locura podriais tachar mi presencia en este sitio, si yo el primero no comprendiera que jamás debí ocuparlo: que, aunque pueda la luciérnaga iluminar con su tenue brillo las sombras de la noche, debe, no obstante, ocultarse cuando nace el sol; y por aquí han desfilado soles gloriosos de las ciencias y de las letras, que con su mágica palabra convirtieron esta tribuna en excelso Tabor de esplendorosas revelaciones, que corrieron en hermosa cascada de verdades y

bellezas por las amenas laderas de vuestra atención, fundiendo vuestras lenguas en una aclamación, y vuestras manos en un aplauso. No me ha conducido, pues, la osadía; me ha traído a este lugar una atenta invitación que no puedo desatender: la invitación del bondadoso Director de vuestra Congregación de Caballeros y me alentó especialmente el saber que, aunque llamado sin mérito alguno de mi parte, escucharéis deferentes mi humilde palabra, porque no sólo perteneceis a la aristocracia de la inteligencia, sino también a la aristocracia de la indulgencia.

En estos preliminares de obligada cortesía paréceme un deber sincerar el asunto de mi discurso. Versará este, como ya sabéis, pues de anunciároslo se encargó la prensa, sobre la ciencia y la fe; porque, habiéndoseme señalado como tema una cuestión apologética, he creído conveniente ocuparme de la armonía admirable que entre ambas existe, a fin de refutar el postulado axiomático del racionalismo moderno que, juzgando anticientífico el orden sobrenatural, proclama la absoluta autonomía e independencia de la razón humana, dando lugar a los gravísimos errores, cuya exposición y refutación, para la defensa de los principios y hechos fundamentales de nuestra religión, constituye el objeto de la ciencia apologética.

Porque sufrimos hoy, Señores, sufrimos hoy la invasión de las mismas ideas de aquella Revolución maldita, traídas en alas de los vientos que soplan de allende el Pirineo: es el mismo espíritu de la Revolución: es la risa eterna de Voltaire, que se burla de lo más santo y sagrado: es el filosofismo altanero y pedante, que llama a la barra de su tribunal inapenable a todas las verdades y creencias, para condenarlas a todas y darles muerte en el patíbulo del más espantoso escepticismo: es el jansenismo serpeante e hipócrita, que mata arteramente la libertad y la conciencia: es el naturalismo, que santifica todos los instintos: es el racionalismo sacrílego, que pretende

destronar a Dios y arrebatarle la diadema de la independencia absoluta para coronar al hombre, haciendo de su inteligencia la única fuente de la verdad y el único criterio de las acciones humanas, y rechazando el yugo de la autoridad en todos los órdenes de la vida para socavar los cimientos de la Iglesia con la piqueta demoledora de la negación de los dogmas revelados hasta negar la existencia de Dios, cuyo lugar ocupó esa otra divinidad ante cuyas aras rinden sus homenajes los naturalistas todos con grave daño de la lógica, del sentido común y de los principios fundamentales de la misma razón.

Lejos de mi, Señores, el pretender negar las singulares prerrogativas de la razón humana; que admirables son, en verdad, los portentosos progresos de que alardea la moderna sociedad, y acreedores son también al aplauso de la humanidad entera los prodigiosos descubrimientos que el genio del hombre llevó a cabo. Recorramos en alas de la imaginación las conquistas de nuestra inteligencia y los triunfos de nuestro poder en los últimos siglos. ¿Quién podrá describir los progresos de nuestro dominio? Tantos secretos penetrados por la ciencia, tantos monumentos levantados por el genio, tantas riquezas creadas por la industria, el pensamiento derramando sus descubrimientos y sus ideas en todos los pliegues de las sociedades humanas, los continentes explorados, las islas apartadas descubiertas, los mares recorridos en todas direcciones, descifrados los misterios del firmamento, escudriñados los secretos y medido el curso de los astros, anotada en tablas la música de las esferas y explicada la gravitación universal, utilizados los movimientos atmosféricos, encadenada la luz y convertida en rápido mostrador de las escenas de la naturaleza, domados los elementos más refractarios y compelidos a realizar prodigios de fuerza utilizados por la industria, la materia bajo todas sus formas sometida al servicio del hombre, medida y pesada la Tierra, descompuesto el aire en sus primeros elementos, el vapor descubierto y con-

vertido en una fuerza inmensa, que compone y descompone la materia en las máquinas y devora el espacio en su rápida carrera, la electricidad obligada a recorrer los hilos metálicos y a escribir con sus chispas de oro la palabra humana, llevando nuestros pensamientos de un extremo a otro del globo terráqueo; el hombre, en fin, paseándose como Señor, por todos los espacios de la tierra que habita y sondeando con mano firme los mundos que no puede pisar, guiado por la antorcha esplendorosa de su propia inteligencia.

Pero esa inteligencia que, por haber bebido la savia de sus conocimientos a la sombra del santuario, debe a la fe los grandes triunfos de que alardea, ha acudido al campo de batalla para declarar dura guerra a esa misma fe, negando con brutal osadía, contra todos los cánones del método experimental el hecho de los milagros y la veracidad de la revelación, para deducir que todas las religiones no son otra cosa sino fenómenos históricos, efectos de algún fantasma nacido en la visión procelosa del entendimiento y de la conciencia, de manera que en todas ellas, desde el politeísmo de los Vedas hasta el de Alejandría, desde el mosaísmo del desierto hasta el de la cautividad de Babilonia, desde el mazdeísmo de Zoroastro hasta el de los Apreménides y Sasánides, desde el Apocalipsis mesiánico del Evangelio hasta el Cristianismo de nuestros días, no existe más que una continua evolución psicológica, en la cual entra la crítica moderna, como el geólogo en las diferentes capas de la tierra, para decirnos que toda religión es una alucinación del espíritu humano, a pesar de que el naturalista alemán Wurchou ha confesado el fracaso del sistema evolucionista en el Congreso científico de Berlín, y la escuela americana ha puesto al descubierto todos los errores, contradicciones y falsas hipótesis del sistema de Spencer: esa inteligencia, repito, que, por haber dado sus primeros pasos apoyada en la sotana del sacerdote católico, debiera considerar a la ciencia como hija natural de la fe, en nombre de la

misma ciencia, desvanecida por el vértigo de las alturas y ofuscada por el humo del orgullo, se atrevió a negar las verdades todas del orden sobrenatural, sembrando la sombra de la duda en todos los cerebros y arrojando paletadas de nieve en todos los corazones hasta impugnar todos y cada uno de los artículos de nuestro Credo, Código de la verdad, que resistió y resistirá invulnerable las fieras acometidas de sus encarnizados enemigos, y que será eterno, como Dios, porque es la palabra del mismo Dios.

Señalan los artículos del símbolo de la fe al espíritu humano la amplitud de sus movimientos en orden a la verdad, porque esa fórmula de fe no es fruto de una larga elaboración dogmática, sino que así como Moisés descendió del Sinaí llevando en sus manos el Código de la moral, así también la Iglesia Santa descendió del Calvario llevando en sus manos el Código de la verdad. Y esta fórmula sagrada fué duramente combatida en su primer artículo por los sofismas politeistas, habilmente desvanecidos por Orígenes y Tertuliano; impugnada después en su artículo segundo por las herejías formidables de Arrio, Nestorio y Eutiques, a quienes hizo morder el polvo de la derrota la ardoroso valentía de Agustín y de Atanasio; y fué el artículo tercero cruelmente atacado por el heresiarca Focio, que mereció el anatema de celeberrimos Concilios; y, como si estos ataques fuesen pocos, únense a ellos para destruir el cuarto artículo del Símbolo las furiosos embestidas del Protestantismo, que encuentra a su paso a los Padres de Trento, donde nuestros grandes teólogos prueban elocuente e incontestablemente el error de sus doctrinas; aparecen en el siglo XVIII el socialismo y materialismo, atacando a los dos últimos artículos del Credo, y sigue en nuestros días, sigue, Señores, en pleno siglo XX la lucha empeñada contra las afirmaciones de nuestro Símbolo. Pero, no hay que temer; porque, como enseña la Filosofía, *De vero non potest demonstrari contrarium*: «no se demostrará jamás lo

contrario a la verdad». Es más; el progreso de las ciencias rodeará a nuestra fe de una claridad cada vez más creciente que, sin disipar el fondo del misterio, nos lo mostrará más en armonía con la razón; porque son la fe y la ciencia, en frase de un elocuente orador, como dos caras distintas de la gran pirámide de la verdad, que convergen en un mismo y elevado vértice; y ese vértice soberano, en el que se unen las dos fuentes de nuestros conocimientos, es Dios, fundamento de la fe y causa primera de todas las ciencias.

Vano intento el de los modernos racionalistas al pretender medir con el menguado compás de la humana inteligencia la infinitud de los arcanos de la divina omnipotencia. Sus locos desvaríos no otra cosa son sino la lógica y necesaria consecuencia de la negación por ellos sustentada del orden sobrenatural, del que brotan los dogmas, constituyendo la vida exuberante y vigorosa de la Iglesia Católica. Y este orden sobrenatural no puede conquistarse por las solas fuerzas de la razón, porque cae fuera del círculo donde el humano entendimiento se mueve; y no hay, ni puede haber ecuación entre el entendimiento humano y una verdad que supera las fuerzas naturales de ese entendimiento: necesario es, pues, conquistarlas por la fe; necesario es conquistarlas por medio de esa luz sobrenatural del mismo Dios, añadida a la luz natural de la razón del hombre, en la que se refleja con tan vivos resplandores que han servido de guía a la humanidad entera para hacerla dirigir sus pasos hacia las regiones eternamente luminosas de la verdad y del bien en busca del progreso y de la civilización, en forma tal que podemos afirmar, sin temor de ser desmentidos que las regiones a donde no llegó la luz de nuestra fe pertenecen sin excepción a la geografía triste y vergonzosa de la incultura y de la barbarie.

Observad, Señores, el monstruoso proceder de la razón humana divorciada de la fe. Doblégase aquella sin esfuerzo, sin resistencia alguna, a lo que le manifiesta un

hombre cualquiera medianamente instruido, aun sin entender quizá sus razonamientos; y no pocas veces llega a creer en elucubraciones que se revisten con el pomposo nombre de ciencia y no resisten a la crítica más indulgente: y cuando habla la Verdad inmutable, manifiéstala los profundos arcanos de la fe, o no le escucha, o cierra con doble llave el corazón, si acaso presta oídos a su palabra, y le injuria con la más refinada perfidia, negándole la veracidad. ¿Y porqué esta palmaria antilogía? ¿Porqué admitir el testimonio humano, negando el divino, esencialmente veraz? ¿Sabeis porqué? Porque admitir el testimonio de Dios equivale a derribar de su pedestal a la orgullosa razón, y sujetarse a la ley divina; y este sacrificio, Señores, no lo hace la soberbia humana. Y ved porque, entregada esa orgullosa razón a sus propias fuerzas y no encontrando momento de reposo, busca en si misma la causa de su existencia y no la encuentra; preguntase cuál sea el origen y la finalidad del mundo y de cuanto le rodea, y se estrella contra un misterio impenetrable; ve hechos, consecuencias que dimanen lógicamente de un principio; este le es desconocido, porque no quiere admitir la acción de un ser sobrenatural, y la opinión o la duda son su símbolo, o afirmaciones gratuitas, a veces extravagantes y reñidas con la misma razón, forman el informe conjunto de su pasmosa ciencia. Y como el espíritu tiene hambre insaciable de saber, y la duda le es antinatural, dedícase al estudio de todos los sistemas, aun los más absurdos, remueve las ruinas de los siglos que pasaron, quiere formar con la selección de ellas el grandioso edificio de la ciencia, pero siempre le falta algo, y algo necesario para coronarlo y sostenerlo, y en su afanoso esfuerzo llega a comprender que el problema es para ella insoluble, y recógese, desesperada, dentro de si misma, estremécese al contemplar las ruinas que la duda ha producido en su inteligencia, y, no pudiendo comprender lo que con tanto anhelo desea, arrastrada por las impetuosas borrascas que extravían su rumbo en



el proceloso mar de su orgullo, destrozado fibra a fibra su corazón, blasfema, diciendo a la materia: «Tú eres mi Dios, porque eres eterna» Esta es la historia, siempre antigua y siempre nueva de la incredulidad, de todos los errores y de todos los sistemas absurdos, que han sido, son y serán el azote del mundo, de la ciencia y de la fe.

Y en medio de las ruinas acumuladas por la soberbia racionalista, ante las horrendas blasfemias de la llamada ciencia moderna, que desprecia como sofismas capciosos las pruebas de la existencia del alma espiritual e inmortal; que rechaza las demostraciones relativas al origen del mundo, colocándolas entre las contradicciones o antinomias de la razón; que declara que la Teología no puede dar sino soluciones más o menos bellas, más o menos armoniosas, más o menos relacionadas con el ideal de un pueblo o de una época, pero desprovistas de toda certidumbre; que clasifica la idea de Dios como puramente subjetiva y personal, sometida a las variaciones de los diversos temperamentos intelectuales, y trata de sustituirla con el culto de la humanidad; ante las impías doctrinas que consideran la Religión como un efecto inherente a la naturaleza, y miran la profesión de las doctrinas religiosas como un negocio particular, acomodado al gusto de los individuos; ante los apóstoles del pensamiento moderno, que prefieren las comodidades del escepticismo a los deberes de una firme convicción; ante esas almas que, sumergidas en la materia, parece que no se acuerdan de que hay un más allá después de la tumba, se alza majestuosa e imponente la fe divina, desafiando todas las rebeliones del espíritu humano con sus dogmas fijos e inmutables, con su ciencia que reverbera torrentes de luz sobre la humanidad, y en torno de la cual se agrupa la pléyade inmensa de genios que han trazado a la ciencia universal la luminosa senda por donde ahora caminan todos los sabios del mundo; que sabios, y sabios gigantescos, que en el cielo de la ciencia brillaron cual estrellas de primera magnitud, fueron Copérni-

co, Galileo, Newton, Ampere, Pascal, Laplace, y mil y mil, que en el vertiginoso desfilarse de los siglos proyectaron sobre la humanidad los luminosos destellos de su ciencia, que ofrendaban a la Verdad absoluta, cantando el más bello poema que puede el hombre cantar en gloria del Creador.

Y aun los mismos campeones del filosofismo racionalista que durante su vida insultaran nuestras católicas creencias, hacen profesión de ellas al sentirse aterrados por la muerte, consignándolas en su testamento y gritando a voz en cuello: *Yo creo*.

Yo creo, grita Montaigne, el que afirmaba en sus libros que quería morir incrédulo en toda forma. Llegado el día de los grandes desengaños manda celebrar la Santa Misa en su habitación, y entrega su alma al Creador, mientras procura con ahinco adorar la Hostia sacrosanta.

Yo creo, grita La Metrie, autor del *Hombre máquina*, donde enseña que para ser feliz es preciso sofocar los remordimientos, sin que lograrse él sofocar los suyos en el lecho del último dolor, donde llora amargamente, pidiendo a su amigo Rossembert los consuelos inefables de la religión.

Yo creo, grita Bauger, individuo de la Academia de Ciencias de París, tan conocido por sus libros como por su desvergonzada incredulidad, quien, próximo a morir decía al ungido del Señor que le asistía: «Fuí yo incrédulo, para ser depravado. Daos prisa en confesarme».

Yo creo, grita el patriarca de los panteístas, Benito Espinosa, quien, llegado el término de su vida, cambia su absurdo y desastroso sistema filosófico por el símbolo apostólico, y diríjese al cielo suspirando: «Oh Dios, compadeceos de mí, pecador».

Yo creo, grita Boulanger, autor del *Cristianismo sin velo*, donde tantas blasfemias profirió en contra de Cristo y de su Iglesia Santa. Al sentir que la vida cedía a la muerte, protesta que su mayor dolor es no poder repa-

rar los daños hechos contra la fe: «daños, dice, causados tan solo por la manía de conquistarme celebridad.»

Yo creo, grita Dumarsais, al sentir en su carne la frialdad del sepulcro, mientras condena su libro *El ensayo sobre las preocupaciones* y pide los Santos Sacramentos de la Iglesia.

Yo creo, grita Deslandes, que no se atreve a partir para la eternidad sin antes arrojar a las llamas los malos libros que escribiera.

Yo creo, grita Victor Hugo, mientras postrado en su lecho de muerte pide en vano a sus familiares los auxilios de la religión. («El Iris de Paz»).

Nosotros creemos, gritan otros cien incrédulos; y el eco de tales gritos resuena por el mundo; y mientras los creyentes lo celebramos, los incrédulos lo deploran, al ver fracasados sus sacrílegos intentos y sentir humillada su soberbia ante los hombres de fe, que sometemos afanosos nuestra razón limitada a la Verdad infinita, porque confesamos y defendemos la convivencia admirable existente entre la fe y la ciencia, que proceden de un mismo principio esencialmente veraz y de infinita perfección, al que habría necesariamente de atribuirse, si existir pudiera, la contradicción de la fe divina y de la ciencia humana, que son como dos reflejos de la Verdad infinita sobre el alma racional, como dos resplandores del Verbo eterno que ilumina al espíritu del hombre, como dos irradiaciones del rostro divino sobre la humanidad, como dos luces de intensidad distinta, como el sol y la luna del cielo de nuestros conocimientos, como dos flores que brotan del mismo tallo, confundiendo sus perfumes; como dos hermanas gemelas, indisolublemente unidas en estrecho abrazo en el nido de amores que, para arrullarlas, formara en nuestro corazón, ansioso de tender su vuelo por horizontes de amor infinito, la mano omnipotente del supremo Hacedor.



